

Discurso de León XVI contra las guerras en Camerún

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Es una alegría para mí estar entre ustedes en esta región tan atormentada. Y tal como acaban de demostrar sus testimonios, todo el dolor que ha azotado a su comunidad hace que hoy sea aún más evidente esta certeza: ¡Dios nunca nos ha abandonado! ¡En Dios, en su paz, siempre podemos volver a empezar!

Su Excelencia, el Arzobispo, recordó la profecía que exclama: «¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz!» (Is 52,7). Así saludaba mi presencia entre ustedes, pero ahora yo quisiera responder: ¡qué hermosos son también los pies que dan los pasos de ustedes, cubiertos del polvo de esta tierra ensangrentada, pero fértil; de esta tierra ultrajada, pero rica en vegetación y generosa en frutos! Son los pies que los han traído hasta aquí y que, a pesar de las pruebas y los obstáculos, los han mantenido en los caminos del bien. Que todos podamos continuar en el camino del bien que conduce a la paz. Les doy las gracias, porque —¡es cierto!— estoy aquí para anunciar la paz, pero descubro rápidamente que son ustedes los que me la anuncian a mí y al mundo entero. De hecho, como acaba de recordar uno de ustedes, la crisis que ha sacudido estas regiones de Camerún ha acercado más que nunca a las comunidades cristianas y musulmanas, a tal punto que sus líderes religiosos se han unido y han fundado un Movimiento por la Paz, a través del cual tratan de mediar entre las partes en conflicto.

¡En cuántos lugares en el mundo desearía que sucediera lo mismo! Su testimonio, su trabajo por la paz pueden ser un modelo para todo el mundo. Jesús nos dijo: ¡Bienaventurados los que trabajan por la paz! En cambio, ¡ay de quienes doblegan las religiones y el mismo nombre de Dios a sus

propios intereses militares, económicos o políticos, arrastrando lo que es santo hacia lo más sucio y tenebroso! Sí, queridas hermanas y queridos hermanos, ustedes que tienen hambre y sed de justicia, ustedes los pobres, los misericordiosos, los mansos y los de corazón puro, ustedes que han llorado, ¡ustedes son la luz del mundo! (cf. *Mt* 5,3-14). Bamenda, ¡hoy eres la ciudad puesta en lo alto del monte, espléndida a los ojos de todos! Hermanas y hermanos, sean por mucho tiempo la sal que da sabor a esta tierra, ¡no pierdan su sabor tampoco en los años venideros! Atesoren lo que los ha unido y lo que han compartido en la hora del llanto. ¡Que todos atesoremos este día en que nos hemos reunido para trabajar por la paz! Sean aceite que se derrama sobre las heridas humanas.

En este sentido, quiero expresar mi gratitud a todas aquellas personas —en particular a las mujeres, laicas y religiosas— que atienden a las personas traumatizadas por la violencia. Es una labor inmensa, invisible, cotidiana y, como ha recordado la Hna. Carine, expuesta al peligro. Los señores de la guerra fingen no saber que basta un instante para destruir, pero que a menudo no basta una vida para reconstruir. Disimulan no ver que se necesitan miles de millones de dólares para matar y devastar, y que no se encuentran los recursos necesarios para sanar, educar y levantar. Quienes saquean los recursos de la tierra que les pertenece, suelen invertir gran parte de las ganancias en armas, en un espiral de desestabilización y muerte sin fin. Esto es un mundo al revés, una distorsión de la creación de Dios que toda conciencia recta debe denunciar y repudiar, eligiendo una vuelta en “U” —la conversión— que conduce en la dirección opuesta, por el camino sostenible y rico en fraternidad humana. El mundo está siendo destruido por unos pocos dominadores y se mantiene en pie gracias a una inmensidad de hermanos y hermanas solidarios. Son la descendencia de Abraham, tan incontable como las estrellas del cielo y los granos de arena en la playa del mar. Mirémonos a los ojos: ¡ya somos este pueblo inmenso! No hay que inventar la paz, hay que acogerla, asumiendo al prójimo como nuestro hermano y como nuestra hermana. Nadie elige a sus hermanos y hermanas: ¡sólo tenemos que aceptarnos unos a otros! Somos una sola familia y habitamos la misma casa, este maravilloso planeta que las culturas antiguas han cuidado durante milenios.

El **Papa Francisco** escribió en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* algo que vino a mi mente al escuchar las palabras que ustedes decían. El escribió: «La

misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (n. 273).

Queridos hermanos y hermanas de Bamenda, estos son mis sentimientos mientras estoy hoy entre ustedes. ¡Trabajemos juntos por la paz! «Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás» (*ibíd.*). Así nos exhortó **mi querido Predecesor** a caminar juntos, cada uno en su propia vocación, ampliando los límites de nuestras comunidades, con la determinación de quien parte de su labor local para llegar al amor al prójimo, sea quien sea y dondequiera que esté. ¡Es la revolución silenciosa de la que ustedes son testigos! Como ha dicho el Imán, demos gracias a Dios porque esta crisis no ha degenerado en una guerra religiosa, y porque seguimos intentando todos amarnos los unos a los otros. ¡Sigamos adelante sin cansarnos, con valentía y, sobre todo, juntos, siempre juntos!

Caminemos juntos, en el amor, buscando siempre la paz.

[Fuera, en el atrio:]

Queridos hermanos y hermanas:

¡Hoy el Señor nos ha elegido a todos como trabajadores que traen la paz a esta tierra! Oremos todos al Señor, para que la paz reine verdaderamente entre nosotros, y que, al liberar estas palomas blancas —símbolo de paz—, la paz de Dios esté sobre todos nosotros, sobre esta tierra, y nos mantenga a todos unidos en su paz. ¡Alabado sea el Señor!